

MUSEOS Y EXPOSICIONES

Del herbolario a la farmacia en México*

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA‡

En ninguna parte mejor que en México puede estudiarse la riqueza terapéutica; lo reconoció Felipe II cuando en 1570 ordenó a su protomédico Francisco Hernández, en instrucciones escritas de su puño y letra que: *en la primera flota que de estos reinos partiere para la Nueva España, os embarquéis y váis a aquella tierra, primero que otra ninguna de las dichas Indias, porque se tiene relación que en ella hay más cantidad de plantas, hierbas y semillas medicinales conocidas, que en otra parte.*¹

México, la entonces Nueva España, era el lugar de América donde mayor cantidad de plantas nutritivas y medicinales podían encontrarse y donde, a su vez, estas plantas eran mejor conocidas y aplicadas.

Sabemos por los códices, que en la bien organizada medicina precortesiana existió el especialista en seleccionar y vender plantas medicinales, que eran cultivadas por expertos en los jardines botánicos, usadas por los médicos de la corte y distribuidas gratuitamente al pueblo como una especie de beneficencia pública.

El comercio de plantas medicinales en la economía indígena anterior a los españoles tuvo gran importancia. Todavía ahora pueden encontrarse sus reminiscencias en los "yerberos" de los mercados, cuyo arsenal terapéutico popular es semejante al de sus antepasados de hace cuatro siglos (fig. 1).

Son bien conocidos los factores que motivaron la exploración científica de México y no es posible en esta ocasión hacer completa su reseña; son suficientes como ejemplos los relatos, no exentos de fantasía, de los conquistadores.

El entusiasmo de Hernán Cortés al informar a su emperador que en México "hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas que en la tierra se hallan";² sus Cartas de Relación y los escritos, por lo general veraces, de los "cronistas" alaban con frases de asombro y encomio a las maravillosas plantas curativas mexicanas y la manera como eran usadas por los médicos indígenas.

Otro factor fue el testimonio directo de estos mismos médicos en trabajos tan prodigiosos como es el *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*, mal llamado *Código Badiano*,³ que hoy constituye una fuente importante de conocimientos de la medicina precortesiana y cuya presentación y contenido impresionaron profundamente a quienes entonces lo vieron.

Es indudable que las plantas de América, y especialmente las de México, interesaron positiva-

* Presentado el 21 de junio de 1978 con motivo de la inauguración de la "Farmacia de Esesarte" de Oaxaca en el Museo de Historia Médica, sito en la antigua Facultad de Medicina, Plaza de Santo Domingo.

‡ Académico numerario, Departamento de Bibliotecas y Divulgación. Subjefatura de Enseñanza. Jefatura de Enseñanza e Investigación, Instituto Mexicano del Seguro Social.



Fig. 1. Un puesto actual de plantas medicinales en el mercado de La Merced.

mente a la medicina tradicional de entonces, por dos razones: el perfecto conocimiento empírico que los indígenas mexicanos poseían de los efectos curativos de sus plantas y la semejanza de los sistemas terapéuticos de ambas civilizaciones.

Apenas terminada la Conquista, los remedios indígenas se agregaron a la terapéutica galénica. En los libros de medicina publicados en México durante el siglo XVI se demuestra esta fusión. Sus autores: Farfán, Hinojosa, Cardenas, Barrios y Bravo, intercalan dentro de sus obras procedimientos curativos autóctonos, apeados siempre a la más ortodoxa teoría galénica. Aprovechemos esta oportunidad para recordar algo que es poco conocido. En la obra de Bravo, cuyo único ejemplar se conserva en México, se encuentra la primera representación impresa en un libro de medicina, de una planta americana, la zarzaparrilla (fig. 2).¹

Mientras en México ocurría lo que acabamos de relatar, en Europa el conocimiento de la materia médica viene de atrás, de la escuela de Salerno, cuando la farmacia se renovó a partir de aquella mezcla

de herbarios y libros de recetas que hasta entonces se usaron. En Salerno la nueva orientación de la materia médica fue una recopilación de Hipócrates y Galeno realizada por Albucasis, Rhazes y Avicena, quienes constituyeron una materia médica arabizada.

Importante fue el cambio, cuando los productos americanos que llegaban en los galeones eran disputados en todos los países europeos. No hubo un libro de materia médica que no incluyera en sus capítulos a los nuevos fármacos de América.

Además de los que se pudieran llamar tratados generales, encontramos publicaciones especializadas como el libro de Francisco Delicado acerca del palo-santo y del guayaco;² las muchas monografías referentes a la sífilis o bubas, plaga dominante entonces y contra la que se preconizaba el uso del guayaco, la zarzaparrilla, la raíz de la China y el safrán. Circulaban también las obras de los más notables botánicos de la época, entre quienes estaban Fusch, Tragus, Mattioli, Báluin e incluso las nuevas ediciones de obras antiguas, como el Dioscórides (fig. 3), que tradujo y comentó Andres Laguna;³ todas son capítulos

LIBER QVARTVS

¶ Tera effigies herba, vulgo çarça
parrilla dicte, vt in his re-
gionibus frequenter in
nascitur.

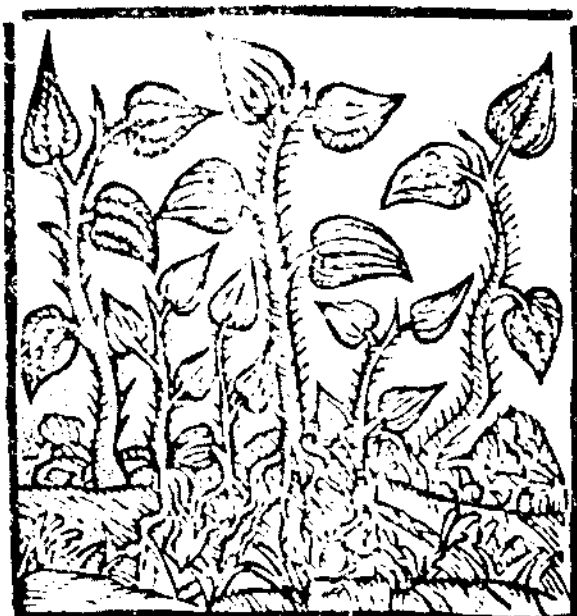


Fig. 2. Ilustración de la zarzaparrilla en la *Opera Medicinalia* de Francisco Bravo.

dedicados al estudio y descripción de las plantas medicinales de América recién conocidas en Europa, y, en el primer lugar de todas ellas, con absoluta especificidad e información mucho más amplia, la obra de Nicolás Monardes que, aunque contiene errores y falsas interpretaciones, tuvo tanta demanda y difusión que alcanzó a formar una conciencia sobre el tema.⁷

Toca ahora echar un vistazo al origen de la farmacia, que quizá se encuentra en el *armarium pimentorum*, armario de especias que poseían los conventos; despensas a cargo de frailes nombrados para guardar celosamente su contenido.

A final del siglo X apareció en los conventos de Francia y España el apotecario, que hizo a la vez el doble papel de médico y farmacéutico. A tal punto fue importante que se establecieron ciertas condiciones para su educación. Debía ser de familia honorable, buena situación económica, leer el latín, poseer

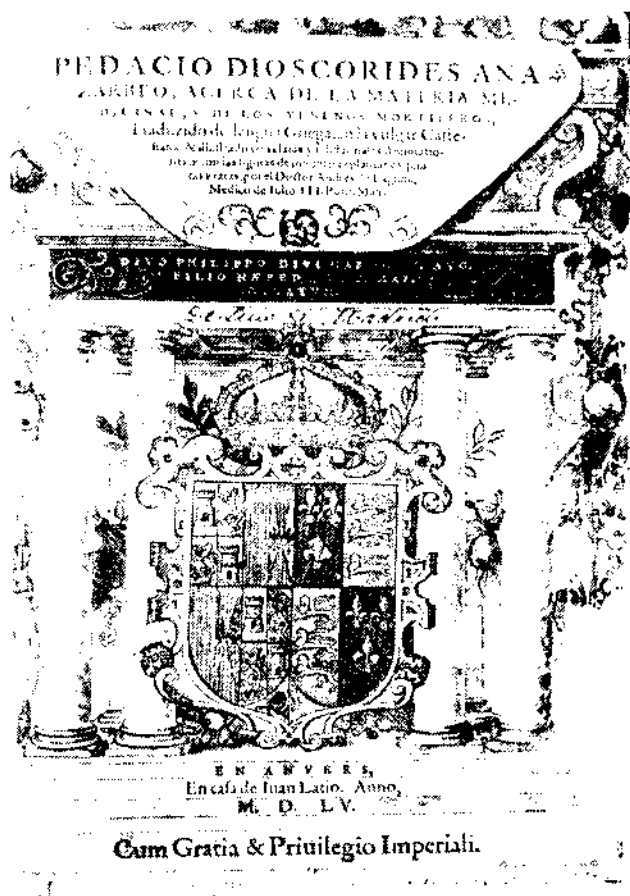


Fig. 3. Portada del *Dioscorides* de Andrés Laguna.

buena gramática y presentar un certificado de catolicismo y moralidad.

Una vez reconocido, el apotecario solía tener un jardín particular donde crecían las plantas que después administraba. Además reunía en sus locales los enlistados y formularios con que el ayudante preparaba los distintos medicamentos. En el siglo XIII la apoteca o botica se encontraba organizada bajo una serie de reglamentos y exigencias para su buen servicio y más tarde, en el siglo XVI, el apotecario y sus ayudantes debían trabajar a la vista del público (fig. 4).

Para distinguir sus locales, las apotecas ostentaban en sus puertas un símbolo zoomorfo, compuesto por animales fantásticos: leones, cigüeñas, aves fénix, osos, salamandras y unicornios. En los aparadores colocaban un objeto profesional como el mortero o la retorta.

Con el tiempo, las boticas adquirieron mayor importancia; poseían un sótano, un granero y una despensa; el mobiliario se componía de armarios cerra-



Fig. 4. El apotecario y su discípulo en una farmacia medieval.

dos, repisas y alacenas, arcas, mesas, sillas y candelabros con que se iluminaba el local (fig. 5).

Solían colgar del techo animales disecados, siendo el cocodrilo un atractivo muy frecuente. El variado material de la botica se conservaba en cajas de madera, algunas muy decoradas, como las que describió Rabclais (Silene). Eran frecuentes las cajas de cuerno destinadas a medicamentos que servían para el tratamiento de enfermedades del estómago. Había también cajas y potes de estaño para conservar grasas y pomadas y recipientes de hierro y plomo que se usaban para los aceites medicinales, vasos de cerámica y terracota que guardaban los vinos y vinagres. Tiempo después, todos estos recipientes fueron substituidos por potes de mayólica fabricados en España, Italia, Holanda o Alemania y más tarde, con el descubrimiento del caolín, la mayólica fue reemplazada por potes de porcelana (fig. 6).

Fueron Sevres y Lille quienes más fama dieron a la fabricación de estos recipientes, a los que se añadieron nuevos utensilios: frascos y botellas donde se conservaban destilados, aceites y jarabes. Citaremos también los morteros de hierro y bronce o los más frecuentes

de mármol, ágata, plomo, cobre, estaño, márfil, vidrio o madera. Aparecieron en la farmacia alambiques, embudos, frascos de aforo, serpentines, retortas y muchos otros utensilios que en algún momento también formaron parte de las instalaciones del alquimista. Además se sumaron instrumentos estrictamente de farmacia, como filtros y cedazos, prensas para extraer el jugo de las plantas, tijeras, espátulas, cucharas y pildoreros.

Como unidad de peso, se usó el grano de trigo, del que se decía debía ser: ni muy chico ni muy grande, ni muy grueso ni muy delgado, ni muy húmedo ni muy seco.

Eran partes del material de trabajo las jeringas, las botellas de cuero y las cánuas, instrumentos todos para transportar y administrar los medicamentos. Las medicinas se entregaban envueltas en cucuruchos de papel o frascos de cristal con tapón del mismo material y para no confundirse se etiquetaban con abreviaturas de la fórmula que contenían.

En el siglo XVII, mientras en México se publicaba la obra de Ximénez,⁸ resumen en parte de las observaciones de Francisco Hernández y en parte acopio

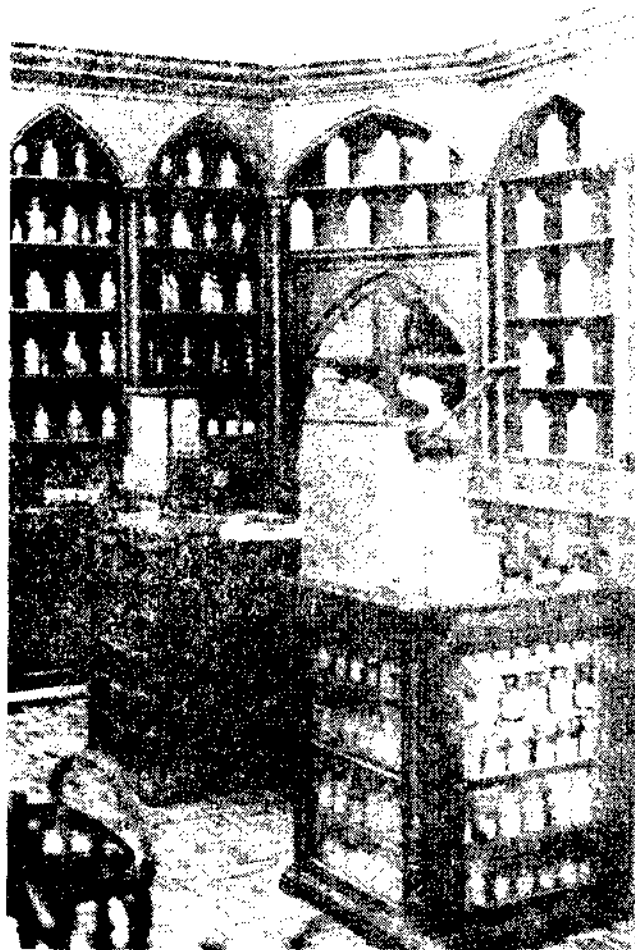


Fig. 5. Nueva instalación de la Farmacia de Es-sarte en la muestra museográfica de la antigua Facultad de Medicina de la Plaza de Santo Domingo.

de datos propios del autor, dedicado exclusivamente a elementos terapéuticos mexicanos, fueron varias las fuentes de las que Europa incorporó a sus conocimientos datos verídicos de la medicina mexicana. En primer lugar la obra de Clusio,¹ preparada durante los últimos años del siglo anterior a base de recopilar y traducir trabajos de otros autores como Monardes, Belon, los dos Acosta, García de Horta, y cuyo contenido se refiere a toda clase de elementos americanos exóticos o peregrinos, como se decía entonces. Después, el libro de Nieremberg,² en gran parte tomado de Hernández y, sobre todos ellos, el monumental resumen de los escritos hernandinos que hizo Nardo Antonio Recchi y que publicaron y comentaron los miembros de la *Accademia dei Lincei*.³ Este libro, al que recurrieron todos los autores de la época, constituye la fuente de información más ex-



Fig. 6. Potes españoles de mayólica (siglo XVII).

tendida y auténtica que tuvo Europa respecto a la medicina y a las plantas mexicanas durante los siglos XVII y XVIII.

Después, en la segunda mitad de este último siglo y en la primera mitad del XIX, la medicina excluyó las ideas arcaicas preconcebidas y falsas para crear una nueva concepción de los hechos apoyada en observaciones científicas. Si un siglo antes bastaban tratamientos con sustancias vegetales y animales con actividad prácticamente desconocida, usadas mediante empirismo y observación, a partir de este momento se precisaron nuevos medicamentos creados sobre bases científicas.

La farmacología adquirió a mediados del siglo pasado categoría de disciplina médica independiente y al crearse cátedras de farmacología experimental, fue indispensable fundar institutos de investigación farmacológica para estudiar la acción terapéutica sobre bases fisiológicas y químicas. Esto propició el hallazgo, aislamiento y obtención de muchos medicamentos nuevos. Pero su producción en gran escala se consiguió al fusionarse estos centros con los dedicados, como industria, a la fabricación de productos químicos.

El viejo boticario, que despachaba ungüentos, pomadas, emplastos y colutorios, no puede ya existir en la nueva ciencia de curar, en la que los medicamentos se dosifican por microgramos y su técnica de preparación requiere instalaciones costosas.

La ciencia farmacéutica se ha despersonalizado, las farmacias son ahora simples expendios de productos manufacturados y las reboticas, donde por tradición se utilizaban las retortas y se mataba en el mortero, se han convertido en almacenes de lo que se vende en el exterior. La farmacia ha pasado de la botica clásica a la enorme factoría industrial.

REFERENCIAS

1. Somolinos, G.: *Vida y obra de Francisco Hernández. Obras completas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México. 1960, Vol. 1, pp. 146, 296 y 303.
2. Cortés, H.: *Cartas de relación, Segunda relación*. México, Ed. Porrúa, S.A., 1960, p. 51.
3. De la Cruz, M.: *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*. México, Ed. Instituto Mexicano del Seguro Social, 1964.
4. Somolinos, G.: *Francisco Bravo y su Opera Medicinalia*. An. Soc. Méx. Hist. Cienc. Tecnol. 2: 134, 1960.
5. Delicado, F.: *Modo de usar el palo de las Indias Occidentales, salutifero remedio de toda peste y mal incurable*. Edición de Venecia, 1529.
6. Pedacio Dioscorides Anazarbeo; *Acerca de la materia medicinal*. Trad. por Andrés Laguna. Edición de Amberes, 1555.
7. Monardes, Nicolás.: *Historia de todas las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la medicina*. Ed. Hernando Díaz. Sevilla, 1569.
8. Ximénez, Francisco.: *Cuatro Libros de la Naturaleza, y virtudes de las plantas y animales que estan recibidos en el uso de medicina en la Nueva España*. Ed. Vda. de Diego López Dávalos. México, 1615.
9. Nieremberg, Juan Eusebio.: *Historia natural maxime peregrinae*. Ed. Ex Officina Plantiriana, Balthasar Moreti. Amberes, 1635.